

ces como literatura y eso me basta para que no sean de mi predilección.

La novela va de unos cuerpos que aparecen troceados, del asesino que escribe al comandante Verhoeven contándole la misión trascendental que cumple con sus abominaciones, de más cuerpos mutilados... hasta que la policía se da cuenta de que el monstruo está imitando las obras literarias más celebradas de ese subgénero del "ascor": **Bret Easton Ellis, Ellroy...** Hay unos cuantos sospechosos (un librero, un erudito...), al final se arma la marimorena, con la involuntaria presencia de Irène, y se nos deja a medio digerir la panzada de espanto que nos ha solmenado Lemaitre. Como esta novela inicia una serie, se presenta al comandante y a sus ayudantes y a su entorno y a sus jefes y a su pasado y a su presente: todo convencional, salvo la machacona insistencia en el detalle de que Verhoeven mide 1,45 metros. Y ahora viene lo que ya más me incomoda: que me importe un pito quién es el asesino en una novela donde lo único que parece importar es quién sea el asesino, que avance en la lectura como un penado que ansía llegar a la página final de una vez. Cómo lo siento, con lo mucho que ponderé aquí **Nos veremos allá arriba** y, sobre todo, la excelente y apasionante **Vestido de novia** del mismo autor. Pero también **Irène** tendrá público y no faltarán quienes disfruten con párrafos como el siguiente: "El sexo de la primera víctima fue arrancado a dentelladas (...). Le cortaron los labios, sin duda con un cortaúñas (...). Le agujerearon el vientre y la vagina con ácido clorhídrico puro. La cabeza fue clavada a la pared por las mejillas con la pistola eléctrica (...). El asesino le quemó primero las cejas y las pestañas con cerillas. Un consolador de caucho (...) le fue introducido por el ano con ayuda de una pistola de clavos. Digamos que el asesino hundió la mano en la garganta, agarró el conjunto de venas y arterias que pasan por allí y tiró de ello hacia fuera". Pues qué le vamos a hacer. Leer por ahí que Lemaitre es el nuevo **Benjamin Black** da la risa: no, no en esta novela.

## El Princeton heroico de la posguerra

El poder de las ideas y la complicada vida cotidiana



M. S. SUÁREZ  
LAFUENTE

En esta primera novela de la autora francesa **Yannick Granne** se intercalan dos historias paralelas y complementarias: una, la de Anna, una joven documentalista que pugna por poner a salvo el legado del matemático **Kurt Gödel** a fin de encontrar cualquier anotación o descubrimiento fundamental para la ciencia, y la historia de Adele, esposa del genio, que le recuerda en su dimensión humana, de hombre frágil, complicado y perdido en un mundo incómodo y peligroso, tanto en lo político y social como en las relaciones personales. La narración de Adele, que comienza en 1928 y se extiende hasta 1980, año en que confluye con la de Anna, traza la biografía de un hombre dedicado casi exclusivamente a la ciencia, e implementa el momento histórico en que Gödel hubo de debatir sus dudas, sus ideas y sus aspiraciones.

No se trata de "una extraordinaria historia de amor", como postula la publicidad editorial, sino de un documento historiográfico, testigo de la grandeza y las miserias de una pareja a la que sus coetáneos y la posteridad (por mor del genio matemático de él) desdeñaron con la siguiente pregunta: ¿por qué un genio como ése se casó con una foca tal? Adele se queja amargamente de que nunca nadie se hubiera interesado por su vida ni por su versión del disparatado matrimonio, lo que constituye realmente el eje de la narración.

Gödel ha dejado sus teoremas tras



**La diosa de las pequeñas victorias**

YANNICK GRANNEC  
Alfaguara, Barcelona, 2015  
454 pp.

de sí, que explican el mundo en abstracto pero no aclaran nada del hombre que fue. Adele, una mujer simple, práctica por necesidad, no entiende de matemáticas pero sí del hombre con quien convivió durante más de cuarenta años. Esta dicotomía, sustentada por la forma misma de la novela, refleja de continuo un clima de tensión, desazón y melancolía, que conviene a la época en que vivieron los personajes, cuando "la vida del científico, nuestra historia, el futuro del país: todo era un puro desorden".

Hace unos meses hablábamos en estas mismas páginas sobre los experimentos de Los Álamos y el secretismo en torno a ellos, a través de las esposas

de los implicados (Las esposas de Los Álamos de Tarashea Nesbit); pues bien, buena parte de **La diosa de las pequeñas victorias** versa sobre el ambiente en la Universidad de Princeton en los años inmediatamente posteriores. Allí se reúnen una amplia lista de científicos y pensadores centro-europeos emigrados a Estados Unidos en los años previos a la II Guerra Mundial y durante ésta.

En esa ciudad universitaria debaten sus teorías y sus propuestas, se reúnen en comités académicos y en fiestas privadas, se defienden de las embestidas ciegas de **McCarthy** o se pliegan a ellas y superan como pueden el desarraigo, las frustraciones y los diferentes grados de adaptabilidad, soledad o (in)satisfacción que sienten unos y otros. La aparición de **Einstein** en la novela, como amigo peripatético que fue de Gödel, humaniza el nido de científicos abstraídos y extravagantes en que se había convertido Princeton.

El título de la novela no se adecua al contenido de la misma, y los capítulos correspondientes a 1980 resultan redundantes: la memoria de Adele no parece necesitar incentivos para activarse, ni la joven documentalista resignifica la vida de la anciana Adele de manera que justifique tal número de páginas. Pero el grueso de la narración es sumamente interesante, pues combina los avatares de la adquisición y uso del conocimiento científico de la mitad del siglo XX con los conflictos bélicos y políticos desde la perspectiva cotidiana de quien los sufrió (si bien que, aquí, literariamente hablando) en carne propia.

## Maestro del relato en viaje a Sudáfrica

Novelista y cuentista más apreciado por los literatos que por el gran público, el londinense **Leonard Merrick** (1864-1939) coleccionó encendidos elogios de vacas sagradas como **Virginia Woolf**, **H. G. Wells**, **James M. Barrie** o **G. K. Chesterton**. Sus largos relatos, como este que ahora presenta *Ardicia*, tienen la excelencia resultante de extraer del anonimato a personajes oscuros, y hasta tocados por la adversidad, y situarlos en escenarios contruidos con un puñado de elementos escogidos con sabiduría poco común. En **La dama y los laureles**, de trasfondo autobiográfico, un joven abogado al que sólo preocupa una carrera poética para la que no está dotado, es enviado por su familia a los campos de diamantes de Sudáfrica en un intento de espabilarlo. La experiencia se vuelve tormento para el joven hasta que conoce a una actriz de renombre internacional que le inflamará de amores y hará que su vida nunca vuelva a ser la misma. No lo deje pasar de largo.



**La dama y los laureles**

LEONARD MERRICK  
Traducción de Julia Osuna  
Posfacio de William Dean Howells  
*Ardicia*  
104 páginas. 14,50 euros

## El caso más sabroso de un detective inmenso

Para ser precisos, **Rex Stout** (1886-1975) es más escritor de misterio que de novela negra. Pero al margen de disquisiciones sobre el peso relativo del entorno social y de la intriga en las obras negras y detectivescas, lo cierto es que Stout es el padre de **Nero Wolfe**, a quien dio vida entre 1934 y 1975 en medio centenar de títulos. Cuando Wolfe llegó a los quioscos sembró conmoción, porque hasta entonces nadie había imaginado a un detective tan tacaño, malhumorado, amante de la cerveza y de las orquídeas, y limitado de movimientos. No en vano pesa 150 kilos, lo que le obliga a contar con un ayudante para hacer el trabajo de campo. **Demasiados cocineros** (1938) es la quinta de sus aventuras y ¡oh, milagro! en ella Wolfe emprende un largo viaje en tren para asistir a un congreso de chefs. Por supuesto, pronto aparecerá un muerto, pero también habrá desfiles de manjares que harán salivar a todos los gastrónomos.



**Demasiados cocineros**  
Un caso de Nero Wolfe

REX STOUT  
Traducción de José Luis Piquero  
Navona  
152 páginas  
13,50 euros